

## CULTURA PARA ANALFABETOS

*Fernández de Lizardi, pionero*

María Rosa Palazón Mayoral

Instituto de Investigaciones Filológicas

Universidad Nacional Autónoma de México

[mpalazoa@yahoo.com](mailto:mpalazoa@yahoo.com)

### RESUMEN

Del primer novelista y primer autor de un solo periódico en Latino América, se desconocía el inicio y el final de su carrera, y cantidad de información que hemos recopilado de 1810 a 1827, a saber, los inicios de la Independencia, la derrota, las esperanzas centradas en el liberalismo español y el imperio de Iturbide y la decepción cuando fracasaron sus ideales políticos: independencia, división tripartita del poder, república e igualdad. Como Don Quijote vivió a-normal, lleno de ideales, y murió de melancolía, tisis y de hambre.

### PALABRAS CLAVE

Independencia, ideales, milicia, Estado-capitalista, dominación.

*A modo de advertencia.* Este hallazgo contiene los documentos oficiales sobre José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827), conocido como «El Pensador Mexicano». Durante decenas y decenas de años, la Universidad Nacional Autónoma de México y el Equipo de Lizardi se ha dado a la tarea de encontrar en el mundo en dónde se hallaba lo que este autor lanzó al agua de la escritura de periódicos personales y de novelas, de poesías y fábulas, de teatro, de folletos y hasta de cartas. Hicimos la semblanza acerca de cómo inició sus andanzas en sus tierras natales. En ese ámbito aparecieron sus obras ahora reunidas en XIV volúmenes. Quedaba un enigma, a saber, muy pocas líneas fueron detectadas sobre el asunto de Taxco y si fue compensado por la República.

Como durante muchos años tuve como adjunta a Columba Galván Gaytán, historiadora y literata, le encargué que se asomara por el Archivo General de la Nación. Envié a Columba y no encontró los documentos. Después enfermó hasta que llegó Tánatos por esta indispensable amiga mix-mij (mixteca y mije). Por suerte formaba parte del equipo nuevo Alejandro de Jesús Amaro Valencia, tan buen y moderno detective como Dashiel Hammett con el aval de Mario Gabriel Galicia Gallareta. Insistió en que aquellos documentos estaban depositados en el Archivo General de la Nación. Especialista en archivos y en la hermenéutica de la sospecha, Alejandro Amaro Valencia del brazo con Mario Gabriel Galicia se apersonaron en el Archivo mencionado. Tras revisar estante tras estante, libro tras libro, encontraron los documentos que hubieran aparecido en *Obras XIII* y en notas al pie.

Con estos «papeles» verificamos, las correrías independentistas de Lizardi. La lectura de este nuevo fajo de ocurrencias debe llevar el fuego al pebetero, esto es decir que la inteligencia y la crítica debe estar alerta para encontrar qué escondía de la censura; la mentira evitó un tiro de fusil en su corazón y una larga estancia en la Cárcel de Corte, si no al Morro de la Habana. Era necesario evadir los golpes. Lizardi no se declaró insurgente, sí colonialista y obediente a los Borbones.

Ahora sabemos mejor cómo se movió la pesadilla de Taxco durante una censura que obligaba a mentir, a cambiar testimonios y a engañar a la aterrante, embustera y soberbia paranoia. Además nadie superó la autocensura.

La becaria Galván me pidió un documento para la Secretaría de la Defensa Nacional (SEDENA), donde residen los documentos oficiales, o casi, sobre el nombramiento de Lizardi de Capitán retirado, Toda la mala fe que transpiran, así como

la espeluznante evidencia de que por corrupción entre insurgentes y partidarios de Agustín de Iturbide, los 188 pesos que le fueron asignados por unos cuantos meses como capitán retirado, se diluyeron en la bolsa de uno o de varios: Fernández de Lizardi y su mujer, María Dolores Orendáin, murieron de hambre.

## PRÓLOGO

Aquella travesura empezó cuando el español Manuel Villegas de Bustamante era teniente encargado de justicia en Real de Taxco. Español no colonialista y con ganas de mantenerse vivo, Villegas se enteró que en aquella ciudad de españoles, al menos en teoría de españoles, estaba rodeada por las comandadas por el brigadier Manuel Hernández. Como el miedo es un mecanismo de defensa, Villegas le heredó ilegalmente a Lizardi el cargo de interino en justicia, violando órdenes borbónicas, que sólo permitían que los españoles nacidos en la Península Ibérica, detentaran los cargos de mandato político. El lector irá leyendo excusas e interrogatorios a cual más descabellados.

*Taxco. El bisbis y un insurgente.* José Joaquín Fernández de Lizardi escribió, aunque no llegaron más que dos cartas a su destino, al virrey Francisco Javier Venegas, de apariencia y personalidad de palurdo mezcla de porquero recién salido de una cantina. Para no ser Lizardi diana de los castigos de aquel tirano, asienta que ha llamado a juntas a la población para acordar las medidas defensivas más adecuadas. Subraya que desconfiaba del éxito de la defensa del sitio porque los fieles al rey eran pocos y desarmados.

El párroco animaba el inminente contra ataque, porque Real de Taxco se hallaba amenazado desde la Hacienda San Gabriel y desde Sultepec. Asimismo, «con sólidos fundamentos»<sup>1</sup>, El Pensador desconfía de la plebe. En una carta, repleta de desfachatez, asentaba que el enemigo había incitado el odio y que era de esperar, un ataque contra los españoles, como cruenta venganza. Propone una táctica: si los insurgentes invadían Real de Taxco, no optarían por la rendición, voz indecisa no por su carga de humillación, sino por el disimulo paciente: hasta que se marcharan los rebeldes separatistas aclamarían su rendición y la obediencia de que eran capaces para proteger el dominio colonial de su «adorado» Fernando VII<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> Fernández de Lizardi, José Joaquín, *Obras XIV. Miscelánea*, 1º ed., María Rosa Palazón, et al. (recop. y ed.), María Rosa Palazón (pról.), México, D. F., UNAM, 1997, p. 330.

<sup>2</sup> Fernández de Lizardi, *Obras XIV. Miscelánea*, p. 330.

El español Manuel Rosete, teniente de milicias, fue nombrado comandante en pie de la tropa (brincándose las ordenanzas militares, porque en aquella época las mandaban los capitanes de mayor antigüedad). Muy poco se hizo.

El 10 de noviembre de 1810, el susodicho teniente Rosete, enfrentado la «notable» escasez de armamento de los «animados» como soldados, (que pagaban con un cuartillo de maíz, un trago de aguardiente y cuatro reales), renunció ante escribano público. ¿Si un militar no se fía de esta plebe, cómo debía hacerlo Joaquín Lizardi? Nótese que, según la letra, los plateros no tenían suficiente «blanca» ni generosidad para comprar armamento y pagar un sueldo a los soldados. Joaquín Lizardi, como se le conocía entonces, declaró esta versión.

Para colmo, sigue Lizardi, sus avisos, nunca llegaron a su destino, los «indios» de Tepecoacuilco, Guerrero, apresaron a los «amigos» de Lizardi, el señor Quijano, comandante realista y a sus mozos europeos. En Tlamasacapa, en el actual Estado de Hidalgo, (¿cómo se enteró Fernández, el intruso en la política de esta información?) interrogaban a los transeúntes «¿tú que vas gachupín o Nuestra Señora de Guadalupe?»<sup>3</sup>. Nótese el agravante: la guerra tomó un giro religioso-nacionalista. Guadalupe es Nuestra Madre; la Virgen de los Remedios era la de los gachupines (Hernán Cortés osó ponerla en el Templo de Tláloc: dios del agua contra una acuífera virgen gallega menor). La guerra de guerrillas se libraba en el Cielo, entre el símbolo español del león y el americano del águila real.

Había la esperanza contra la invasión francesa de Napoleón y de la monarquía de Pepe Botella de que llegaría al trono Fernando VII. Fernández de Lizardi acaba un texto con una retórica demagógica: «nuestras almas son de Dios y nuestros corazones de nuestro augusto Fernando»<sup>4</sup>.

Por lo tanto, en Taxco no hubo afectos profundos por la monarquía hispana dispuestos a no jugarse las vidas ni las riquezas. El galimatías de cartas y excusas de pie de banco que enviaba nuestro autor a Venegas no pasó por Temixco. La hipérbole del terror justificó a Lizardi. Como los temores no andan en burro, se estableció una especie de Junta, con José Joaquín como presidente y seis individuos «proyectos» auxiliados

---

<sup>3</sup> Fernández de Lizardi, *Obras XIV. Miscelánea*, p. 332.

<sup>4</sup> Fernández de Lizardi, *Obras XIV. Miscelánea*, p. 332.

por un escribano real y público. A la Junta asistían diputados de Minería organizados por el visitador José Gálvez.

Por informantes averiguaron que las tropas de Hidalgo se reunían en Zitácuaro y antes los hicieron en Zacualpan. La evidencia abría la senda: los «enemigos» planeaban tomar Taxco y atacar la partida desde la Hacienda Real de San Gabriel. «Calma, calma, dejemos que los hechos transcurran», decía Lizardi a *soto voce*. Para reforzar tan obvia táctica del criollo, o nacido en México, José Fernández aclara que en Zacualpan, el comandante realista Antonio Magaña informaría de los giros del asunto a Francisco Xavier Venegas.

La hermenéutica de la sospecha permite imaginar que hubo motivo de presunción criminosa, vista desde el ángulo de los colonizadores. Temeraria, sin duda, como denunció José Antonio Andrade, comandante de las Tropas del Rey. Se le había ordenado a Lizardi mojar la pólvora. Los insurgentes se la llevaron intacta porque nadie en Taxco le echó ni una gota de agua. La única realidad evidente es que circundaban la ciudad los insurgentes, alejadísimos de los mineros de la plata.

La orden de Andrade quizá no fue expedida, o no llegó a su destino, o nadie le hizo caso. Si no hubiera sucedido la toma por los insurgentes, todo aquello se hubiera limitado a ser una charada de guerra. Sí, señor, aclara Lizardi, los guerrerenses que circundaban este Real de Minas eran insurgentes que odiaban a los mineros. El esclavo estaba harto de morir en un socavón, o de silicosis

La pólvora era el *quid* del asunto político, no las armas, al parecer escasas y de mala catadura. No es difícil adivinar que, Lizardi, el travestido con traje real, entregó la pólvora a las tropas de Hidalgo. El brigadier Hernández le dio las gracias. Los hispanistas lo trajeron en cuerdas a la Ciudad de México.

Ya sin escapatoria de la cárcel (repleta de indios y sus castas mezcladas con negro, y de la población que no ceceaba ni tenía dinero para aparentar ser de rango superior, como lo dictaban las reglas de la apariencia implantadas por una falsa «blanquitud», categoría que caracteriza al amo colonial), en el calabozo del Divino Rostro, por medio del intérprete, general Vicente de la Rosa, comenzaron las confesiones, los dimes y diretes políticos.

Del interrogatorio resultaron reclamos y fantasías. Cincuenta y ocho reos declararon cincuenta y ocho enredos de un pueblo plurilingüe y enemigo de mandamás.

Si Nicolás Jacobo (preso 25) y Nicolás Santiago Salazar (el 92) declararon que vieron lámparas, cáliz y cañones y balas, sin precisar el número ni la procedencia, los demás lo negaron. El preso 17, Narciso Rodríguez dijo que, vio en Iguala dos banderas rojas con cruces blancas y otra blanca con cruces rojas, que empuñó durante medio día el preso número 1, José Antonio Rodríguez. Los hispanohablantes declararon que los comandantes de Hidalgo eran Francisco Hernández (siempre amigo de Lizardi) y el capitán Juan Antonio Vera.

Delante de cada declaración de los 41 reos aparece la *N*, que significaba natural (de acuerdo con la intervención de Isabel la Católica, todos los habitantes de Nueva España, excepto los negros y sus castas, eran españoles). Unos hablaban español y mostraban el cobre «gachupín», los 52 restantes eran un lío de rebeldes que denunció tres asesinatos ejecutados por los conductores de la cuerda: los lanzaron al río. El preso 53, Luis Antonio y el 44, Juan Bautista, a uno, le acuchillaron el cerebro, rompieron la cuerda, lo dejaron tirado y después lo tiraron al río. En esta bola de absurdos dispersos y antitéticos ninguno denunció aproximadamente lo ocurrido; el número 5 acusa que en la Real Hacienda de San Gabriel le robaron cuarenta y cinco mulas y sus respectivas cargas. Los hubo que inculparon, sin que nada aclarara del problema en cuestión, a unos «hermanos», de cuatrерismo. Si seguimos las palabras indígenas al tenor (la mayoría hablaban una de las todavía no bien contabilizadas lenguas indígenas; sesenta por lo menos, siendo de náhuatl la lengua franca) acabaremos con la cabeza llena de viento.

De este documento se infiere que eso presos simpatizaron, más o menos, con los insurgentes y que guardaban un profundo rencor a los españoles. En estos discursos se impusieron, no obstante, limitaciones; por ejemplo, no se denunciaron violaciones, raptos, asesinatos, explotación en los alrededores de las ciudades de los pueblos originarios.

El público se desentendió del asunto, pese a «públicas insinuaciones y persuasivas instancias»<sup>5</sup>. Tan poco instruidos estaban los abogados en la defensa de los mineros y de una monarquía lejanísima. Tan poca cosa era la sabiduría práctica de las autoridades, que ignoraron que en el incidente se explayaron las brutalidades de la colonización. Mucha culpa tuvieron por sus torpezas en el incidente, porque en la

---

<sup>5</sup> Secretaría de la Defensa Nacional (SEDENA). A partir de aquí se citan documentos sitos en la SEDENA. Sello Cuarto..

«plebe»: «un precepto condicional queda destruido faltando la condición»<sup>6</sup>. Veamos. Andrade reclamó la pólvora cuando ya estaba en manos de las tropas enemigas o insurgentes, faltaba la «condición».

Otro argumento engaña bobos. Al parecer era fácil tomarle el pelo a Venegas y acompañantes, interesados en abrir la mano y llenarla de plata, y poco interesados en sus deberes, esto es, alejados de pensar en la praxis indispensable.

Como los documentos de la censura ejemplifican las tonterías acumuladas, Fernández de Lizardi declara que mandó un «SOS» a Andrade: envíenme soldados para llevarse la pólvora; empero por tardanzas infaustas, los insurgentes se llevaron la pólvora. En contra de las supuestas medidas que llevó a cabo Lizardi, cuando demandó al Administrador de Rentas obedecer y remitir a Andrade la pólvora a Taxco por un círculo de «enemigos» hartos de la madrastra España. Este administrador alega que se negó porque los insurgentes no «volverían» a Taxco. ¿Volverían? ¿Qué clase de telaraña de palabras sin sentido se pronunciaban?

Ahora analicemos otra narración: un testigo, en aquel momento ya muerto, defendió a Lizardi, confiado en esta vesania histórica. Siguiendo esta mojiganga en carnestolendas, fabulada improvisadamente contra la censura, Lizardi y sus cómplices simulaban que la pólvora estaba en San Gabriel, y el Interino de Justicia invocó a gente para que avalasen su conducta «honesta y sin dobleces»: un vecino español que vio lo sucedido en el momento de «farsante dominio de los insurgentes»<sup>7</sup>.

Las calumnias ensuciaban la lealtad que proclamó Joaquín a España. Más obvias no pudieran ser las mentiras, y cómo los censores la creyeron (al parecer eran más limitados que los inquisidores). El lobo había llegado a Taxco y a la oveja rasurada más le valía huir. Ya encarrilado y viendo los pocos arrestos de los realistas, remata este lío con que lo correcto sería que indemnizaran con un premio (un empleo) su «honrada conducta» que deshizo en un papirotazo el altero de calumnias. Si no atendían a su demanda, al menos deberían concederle su libertad, le entregaran sus armas y certificaran su lealtad y conducta honrada, alegó en febrero de 1811.

Si resaltamos algunos enunciados con alguna coherencia y agregamos otros detalles, en este galimatías, obtendremos la tela que se tejió con un altero de hilos:

---

<sup>6</sup> SEDENA, Sello Cuarto..

<sup>7</sup> SEDENA, Sello Quinto.

primero, la plebe estaba en contra de los realistas. El 20 de noviembre de 1811, entró Manuel de la Vega, quien confirmó a José Joaquín Fernández de Lizardi en el cargo de Justicia; suplicó que lo excusaran, empero desde el cura hasta el último ciudadano pobre de Real de Taxco lo confirmaron en su puesto, «quedé contra mi voluntad en el encargo»<sup>8</sup>, apoyado por los taxqueños plebeyos e indios comarcanos. Supuestamente pidió ayuda a Andrade, y este administrador se negó a esconder la pólvora. Lizardi desconocía dónde estaba y la cantidad que había. Esta excusa habla de la ignorancia de un Teniente de Justicia que contaba con el apoyo mayoritario local y del vecindario. Vaya engañifa ésta. Se le ordena mojar la pólvora pero según algún acto de magia, devino invisible.

Como nuestro amigo parecía Pinocho junto al gato y al zorro, o censores, Cómo fue acriminado de que los insurgentes se llevaron la pólvora, ¿por qué no revirtió tales acusaciones contra Andrade? Es fastidioso el amontonamiento de pruebas sobre su honor y lealtad a España en aquel campo de la anarquía. Dicen que se fue a Iguala a entregarse al comandante Nicolás Cosío, quien lo tenía en mal concepto, suficiente para enviarlo en cuerdas, como «preso voluntario» al virrey, cargado con papeles que nunca llegaron a su destino. Cosío, pese a la ojeriza declarada, aprieta más el embudo de excusas, asegurando a Venegas la inocencia lizardiana: los insurgentes, dice, se apoderaron inmediatamente de la pólvora (la escondida, pues). Esta prisión ideológica con libertad casi garantizada forma parte de los dimes y diretes. Lizardi independentista, salió pronto de la cárcel, porque no se habían perdido al menos dos misivas para Venegas.

Visto desde la historia efectual, cabe decir que la opción fue seguir con el colonialismo encabezado por otro Borbón, Fernando VII, peor tirano que su padre (salió peor la cura que la enfermedad). Sin embargo, antes de que tomara el Reino, había dos rutas posibles para el «amadísimo Fernando». Lo izaron como bandera Miguel Hidalgo y Costilla y los insurgentes protegidos por Tonantzin-Guadalupe. Estos líderes de la insurrección, llenos de proyectos utópicos, inteligentes y justicialistas, fueron empero tal desastre militarmente que Calleja los venció.

El horizonte tan dilatado de la Colonial España, que no se cerraba en tiempos de Carlos V, ahora se iba clausurando. La pregunta de Fernández de Lizardi, después del

---

<sup>8</sup> SEDENA, Declaración.



fracaso doloroso de la primera insurrección, idiosincráticamente esplendorosa y militarmente caótica y sangrienta en exceso, era ¿y ahora qué?

Fernández de Lizardi, con la libertad de prensa se inventa el seudónimo por el cual es conocido, a saber, El Pensador Mexicano ¡Vaya realista, según se declaró! ¿Por qué no El Pensador Novohispano o el Fernandino de Acá, o algún engaño más? Nos da la pista, usa Mexicano en su alias y en su periódico personal. En este diario aceptó intervenciones de quienes quisieran decir algo y no tuvieran el medio de comunicación donde hacerlo. Aminorar y educar contra la oralidad, contra el bisbís en palabras de *Don Quijote de la Mancha*.

El futuro utópico de la emancipación tardó en llegar. La suerte no favorecía a los pueblos originarios, sus mezclas y a los arraigados. No obstante le propuso a Calleja la venta directa del oferente al demandante de pan y carbón. Le hizo caso y el erario se benefició. Lizardi contribuyó a paliar las hambrunas y las epidemias. Después de las muestras de absolutismo torpe de Fernando VII, Lizardi lo tira por el caño político.

Más tarde, se entusiasmó con otra puerta que parecía no cerrada del todo, a saber: la llegada de los liberales al gobierno de España desembocaría en la independencia pacífica. Lo intuyó en las declaraciones de los liberales diputados de Cádiz, y que posiblemente supo por algunos amigos suyos que estuvieron allá, como fray Servando Teresa de Mier, o... Estos liberales, de Cádiz, imagina, llegarán al poder y, como eran cultos en comparación con la monarquía borbónica (que perdía cada vez más colonias europeas, mientras que las americanas estaban en etapa liberadora.) Le escribe una reveladora misiva a Juan Ruiz de Apodaca, Conde del Venadito, ahora virrey, gobernador y capitán general de la Nueva España, que mostraba pardos tintes liberales. El Pensador Mexicano le propone una suscripción para los huérfanos de Cádiz durante la invasión napoleónica. Lizardi ponderó los arrestos patrióticos de Rafael de Riego, de Darcy, Daois y Porlier. Apodaca entendió la analogía lizardiana: el jugo de naranja se vació en un vaso agujereado: con la decadente colonización se beneficiaba a los países con piratas de corso (que tuvieron una revolución industrial con los metales preciosos de América). Apodaca entendió, (a pesar de que Lizardi no imitaba el hablar español como el resto de vividores mexicanos de la pluma)<sup>9</sup>. En el expendio de jugos

---

<sup>9</sup> Fernández de Lizardi, *Obras XIV. Miscelánea*, p. 203.

había una cola enorme porque el dominador era improductivo y saqueado. Estaba en un eclipse que lo acabaría a marchas forzadas.

Después de haber pasado dos meses recluido en la cárcel porque una vez decretada otra vez la libertad de imprenta, El Pensador espetó que Venegas decreta tiránicos y sacrílegos y bandos como el de 25 de junio 1812. Tras haberle felicitado los días (el aniversario) a Francisco Javier Venegas, ilustra el pésimo gobernante que era. Siete u ocho meses estuvo encerrado. Lizardi perdió sus escasos ahorros. En aquel lapso, le dieron un día de licencia para ir a la casa del Negro a casarse con Dolores Orendáin. Urgía porque su hija estaba naciendo, y sería, para escándalo público, una bastarda.

Siendo periodista y autor de folletines para analfabetos que los escuchaban leer, nuestro católico, apostólico y romano, con fuertes sentimientos teológicos, entrevió cuestiones bajo estofa en las costumbres de los canónigos y demás trajes morados: atacó la considerable fuente de ingreso del alto clero (propietario, según artimañas en herencias, de la mitad de las tierras cultivables de la Nueva España). Empezó a ser atacado por acólitos del clero en textos hirientes, puñaladas escritas que dieron al traste con su fama de católico fidelísimo. Los pragmáticos seguidores del alto clero no le advertían al pueblo, dijo El Pensador, que las santas especializadas en curar las muelas no existen; de que los sacramentos no deben pagarse, de que Dios no era vengativo, de que el diablo era un vacío y Dios la plenitud. Ya imaginarán la reacción de tantos hipócritas pragmáticos.

Las horas pasaban en los relojes de arena; las velas se consumían en el candelero, la rutina en una colonia con los mayores desniveles económicos, con racismo y que despreciaba las lenguas de los pueblos originarios, Lizardi escribía para mantener a su hija, entenados, y familiares desamparadas del sexo femenino. En un descanso excepcional, cerca de álamos que alivian la quemazón del sol, lo invitaron a que formara parte del Ejército Trigarante. La unión quizá sólo significaba, pensó, la aceptación de que se adhirieron al Plan de Iguala; religión en manos de los liberales (como lo estuvo en épocas de los Austrias) y la paz. Sin embargo era un contragolpe. Regresó la censura a quebrarles la cabeza. El «excelente militar» realista, Agustín de Iturbide logró que la ardiente amistad que le profesaron gente, como Lizardi, brotara como geiser y se hundiera bajo tierra para siempre jamás: ¿cómo es posible que dejara

que los españoles se llevaran sus fortunas en circulante y no expropió sus latifundios?, ¿por qué los españoles ocupaban los cargos del poder?

Como la inercia de un pantano que acaba abriendo un abismo profundo y mortal para los habitantes de las colonias latinoamericanas, Iturbide decepcionó aquel gato tuberculoso, roñoso y con el esqueleto de fuera, según se describía. Como la Caperucita, muestra «alma de cántaro», confundió de nuevo el lobo con la abuelita en el quimérico bosque de la fraternidad.

El Pensador lo atacó en los flancos; económico, político y cultural. Le censuran sus «papeles», enjaularon otra vez a nuestro admirado escritor, que al editar sus *Obras* hemos salvado del olvido, del silencio, y esto porque aún levanta ámpula. Lizardi mostró durante la monarquía sus inclinaciones republicanas, fue encerrado, censurado y compartió la hambruna que por cuenta propia agudizaba su tisis.

Escribía y no comía. Cuando rompe el silencio nos comunica briznas de optimismo: ya somos independientes, la república ha dividido tripartitamente el poder, siendo el más importante el legislativo.

*El liberalismo y la oligarquía.* En secuencia hemos entrado en la república presidida por Guadalupe Victoria. Lizardi se dedica simbolizar la familia de los mexicanos echando mano de los insurgentes, machos y hembras, de primera hora.

Nos llamábamos república, pero Victoria se santiguaba en Palacio, escribe José Joaquín Fernández. El pueblo no hallaba qué comer, lo patos de las acequias y los peces desaparecían con la urbanización creciente. Se vivía en accesorias. El agua se llenaba de inmundicias, y fuera de las acequias se miraba la terracería repleta de excrementos de animales que funcionaban como pie (como los caballos y las mulas). Le nació el escepticismo. Me he lanzado al ruedo sin saber torear. Vaya «deporte» es tan cruel como algunos colonizadores, dice sin decir Lizardi.

Una petición: apóyame señor presidente Guadalupe Victoria, nómbrame capitán con uso de uniforme y fuero, con un sueldo mensual. Aceptó. Le concedió el retiro, agregando «interino», en tanto llegara a su tiempo (caray con la duración), un destino que compensara sus servicios.

La burocracia como los zopilotes vuelan por encima de los hechos. Tienen el alma negra: su corrupción tarda en eliminarse. La pudrición, quiera Dios, pensó El Pensador Mexicano, no durará, aunque actualmente es inmensa. Sus enemigos lo espiaban. La mala suerte, que es destino, atrae los enmascarados capitostes del alto clero a la Corte, que parecía un concilio. Le odiaron por reformista de pacotilla, sumido en el sueño de que sus palabras no tendrán resonancia. ¿Esperaba piedad de los militares? Eran reaccionarios: anhelan que regresara la situación previa, cuando le guardaban las espaldas a una monarquía que no conocían, pero les daba derecho al robo y al estupro.

¿Los ciento ochenta y ocho pesos que le correspondían al año a este interino, eran de quince pesos sesenta y seis centavos mensuales y cincuenta y dos centavos y 55 al día. Miseria que se diluía por aquello de no le corresponde, le falta..., no lo merece.

El brigadier Hernández, aquel de Taxco, había incitado a Lizardi, a plantarle cara al hipócrita golpe de Estado del Imperio iturbidista. Se reunieron en Cuernavaca para iniciar otra «revolución». Lizardi se marchó a la actual capital del Estado de Morelos; pero aquella conjura era una maraña que sólo conduciría a una masacre inútil. Se regresó con bastante premura, abandonando aquella red de exaltados sin armamento y sin plan.

La petición de apoyo militar, pese a estar concedida por Victoria, se resume en un material de aprobación y rechazo: se retrasaba aquel mísero pago durante meses (mientras él pagaba sus escritos antes de someterlos a la venta). Si Luis Quintanar y Anastasio Bustamante le recibieron amablemente en Tepetzotlán, ¿se acordarían de sus sacrificios, alimentando, las imprentas portátiles con proclamas y noticias? Su inocencia se colaba por todos lados. El problema era que el alto clero lo calificaba de hereje, bocón, mal educado y liberal. En 1822 fue excomulgado, anatema que se levantó; pero a palo dado, ni Dios lo quita. Después, febrero 7 de 1824: primer grito. De Puente Quebrado 27, su casa, sale el documento de José Joaquín Fernández de Lizardi aclarando que no se mezcló en el lío, sino que lo envolvió el lío de Cuernavaca.

Marzo 27 de 1824, insistencia en que recurra el Congreso, 7 de diciembre de 1824, como un respiro la Secretaría de Guerra le «confirió el destino» de editor de *La Gaceta del Gobierno*. Diciembre 7 de 1824, Manuel Pedraza pasa al oficial mayor de la Secretaría de Estado y del Despacho de Relaciones Interiores y Exteriores, la petición de que se premien los servicios de Lizardi. Diciembre 30 de 1824, nueva solicitud.

Lizardi describe la evolución de su ideología e inocentemente dice que no es gravoso al pedir el premio que pretende. El 1 de enero de 1825 Lizardi de nuevo demanda reconsideración del grado militar: «El pretender este premio militar es porque creo que por ahora no es fácil otra cosa más pronta y más proporcionada a la escasez».

El siguiente documento ANUNCIA SU MUERTE: «no quisiera que después de mis días que no deben ser muchos, quedara expuesta [su hija de 12 años] a la mendicidad o a la prostitución, como será seguramente si hoy no hallan patrocinio»<sup>10</sup>. 28 de enero de 1825, Alamán le niega el ministerio correspondiente. ¿Rencor, corrupción, envidia?

Otra noticia que proporciona la SEDENA informa que María Dolores Orendáin, debe acreditar al ministro de Hacienda que a su esposo se le descontó una cantidad por disposición del Supremo Gobierno para que, llegado el momento, tuviese el resto de la familia opción al montepío. Contra las zancadillas de la corrupción y falta de humanitarismo, la viuda hambrienta y tísica solicita que se avale que se le descontaba una cantidad de su sueldo al «capitán» (1 de julio 1827). Se pasan los documentos de una secretaría a otra, se niegan, le piden el certificado de matrimonio y el acta de bautismo de su hija. La carta de diciembre 18 de 1827 no tiene un ápice de sorprendente: es un golpe vomitivo en contra de la política: es el certificado de muerte de María Dolores Orendáin, viuda de Lizardi. Firma Joaquín Román. En el archivo del caso ratifica que de nada valieron las suplicas de la chiquilla huérfana y sin recursos.

Peticiones no faltaron, la crueldad, la burocracia y la corrupción ganaron la guerra. Ni la independencia, ni el poder político dividido en tres quitaron el dominio a este trío de jinetes del Apocalipsis, que nos amenaza cada día con más virulencia. José Joaquín Fernández de Lizardi, hizo lo que puedo por su patria, como debía rezar su epitafio. Se olvidó de añadir este dicho quijotesco: VIVIR LOCO Y MORIR CUERDO. Sí vivió loco, encarcelado, excomulgado, estigmatizado por nimiedades, nunca debió morir cuerdo. Si tanto leyó a *Don Quijote de la Mancha*, ¿por qué se dio por vencido?, ¿por qué no siguió en la anormalidad, sino que, bajo consejos-órdenes de Sansón Carrasco, se acomodó en un rincón de su balancín, mientras la República Mexicana agonizaba? Hasta ahora escuchan los estertores de su muerte.

---

<sup>10</sup> SEDENA, Reconsideración.

## BIBLIOGRAFÍA

- FERNÁNDEZ DE LIZARDI, José Joaquín, *Obras I-Poesías y fábulas*, investigación, recopilación y edición Jacobo Chencinsky y Luis Mario Schneider, Estudio Preliminar Jacobo Chencinsky. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios Literarios, 1968 (Nueva Biblioteca Mexicana, 7).
- *Obras II-Teatro*, edición y notas Jacobo Chencinsky, Prólogo de Ubaldo Vargas. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios Literarios, 1968 (Nueva Biblioteca Mexicana, 8).
- *Obras III-Periódicos. El Pensador Mexicano*, recopilación, edición y notas María Rosa Palazón Mayoral y Jacobo Chencinsky. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios Literarios, 1968 (Nueva Biblioteca Mexicana, 9).
- *Obras IV-Periódicos. Alacena de Frioleras, Cajoncitos de la Alacena, Las Sombras de Heráclito y Demócrito, El Conductor Eléctrico*, recopilación, edición, notas y Presentación María Rosa Palazón M. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios Literarios, 1970 (Nueva Biblioteca Mexicana, 12).
- *Obras V-Periódicos. El Amigo de la Paz y de la Patria, El Payaso de los Periódicos, El Hermano del Perico que cantaba la Victoria, Conversaciones del Payo y el Sacristán*, recopilación, edición, notas y Estudio Preliminar María Rosa Palazón Mayoral. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios Literarios, 1970 (Nueva Biblioteca Mexicana, 30).
- *Obras VI-Periódicos. Correo Semanario de México*, recopilación, edición, notas y Presentación María Rosa Palazón Mayoral. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Literarios, 1975 (Nueva Biblioteca Mexicana, 49).
- *Obras VII-Novelas. La educación de las mujeres o La Quijotita y su prima. Historia muy cierta con apariencias de novela. Vida y hechos del famoso caballero Don Catrín de la Fachenda*, recopilación, edición, notas y Estudio Preliminar, María Rosa Palazón Mayoral. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Literarios, 1980 (Nueva Biblioteca Mexicana, 75).
- *Obras VIII-Novelas*. Coordinadora y recopiladora, María Rosa Palazón Mayoral. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Literarios, 1982 (Nueva Biblioteca Mexicana, 86).
- *Obras IX-Novelas. El Periquillo Sarniento* (tomos III a V) y *Noches tristes y día alegre*, Presentación, edición y notas Felipe Reyes Palacios. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones

- Filológicas, Centro de Estudios Literarios, 1970 (Nueva Biblioteca Mexicana, 87).
- *Obras X-Folletos (1811-1820)*, recopilación, edición y notas de María Rosa Palazón Mayoral e Irma Isabel Fernández Arias. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Literarios, 1981 (Nueva Biblioteca Mexicana, 80).
- *Obras XI-Folletos (1821-1822)*, edición, notas y Presentación Irma Isabel Fernández Arias. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Literarios, 1991 (Nueva Biblioteca Mexicana, 104).
- *Obras XII-Folletos (1822-1824)*, recopilación, edición, notas Irma Isabel Fernández Arias y María Rosa Palazón, Prólogo María Rosa Palazón. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Literarios, 1991 (Nueva Biblioteca Mexicana, 100).
- *Obras XIII-Folletos (1824-1827)*, recopilación, edición, notas e índices María Rosa Palazón e Irma Isabel Fernández Arias, Prólogo María Rosa Palazón. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Literarios, 1995 (Nueva Biblioteca Mexicana, 124).
- *Obras XIV. Miscelánea*, Recopilación María Rosa Palazón, Columba Galván y Ma. Esther Guzmán; edición y notas Irma Isabel Fernández Arias, Columba Galván y María Rosa Palazón; índices Ma. Esther Guzmán; edición al cuidado de María Rosa Palazón, Irma Isabel Fernández Arias, Columba Galván, Ma. Esther Guzmán y Mariana Ozuna; prólogo María Rosa Palazón. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Literarios, 1997 (Nueva Biblioteca Mexicana, 132).
- *Amigos, enemigos y comentaristas (1810-1820) I-1*. Recopilación, edición y notas María Rosa Palazón Mayoral, Columba Camelia Galván Gaytán, María Esther Guzmán Gutiérrez, Mariana Ozuna Castañeda y Norma Alfaro Aguilar; índices María Esther Guzmán Gutiérrez e introducción María Rosa Palazón Mayoral. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 2006 (Nueva Biblioteca Mexicana, 163).
- *Amigos, enemigos y comentaristas (1810-1820) I-2*. Recopilación, edición y notas María Rosa Palazón Mayoral, Columba Camelia Galván Gaytán, María Esther Guzmán Gutiérrez, Mariana Ozuna Castañeda y Norma Alfaro Aguilar; índices María Esther Guzmán Gutiérrez. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 2006 (Nueva Biblioteca Mexicana, 164).

- Obras XV. Documentos*, Coordinación María Rosa Palazón. Recopilación y transcripción Alejandro Amaro Valencia y Mario Gabriel Galicia Gallareta. Notas e índices Alejandro Amaro Valencia, Martha Nallelli Rosas Juárez y Guillermo Cardona Onofre. Estudio Nancy Vogeley. Prólogo y coordinación María Rosa Palazón Mayoral. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 2018 (Nueva Biblioteca Mexicana, 184).
- Amigos, enemigos y comentaristas (1821-1827) II-1*. Edición y coordinación María Rosa Palazón Mayoral: Recopilación de datos, edición y notas María Rosa Palazón Mayoral, Columba Camelia Galván Gaytán, María Esther Guzmán Gutiérrez, Norma Lojero Vega y Norma Alfaro Aguilar; cronología Alejandro Amaro Valencia. Índices María Esther Guzmán Gutiérrez. Prólogo. Profecías y desencanto de un quijote americano, María Rosa Palazón Mayoral. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 2019 (Nueva Biblioteca Mexicana, 186).
- Amigos, enemigos y comentaristas (1821-1827) II-2*. Edición y coordinación María Rosa Palazón Mayoral: Recopilación de datos, edición y notas María Rosa Palazón Mayoral. Columba Camelia Galván Gaytán, María Esther Guzmán Gutiérrez, Norma Lojero Vega y Norma Alfaro Aguilar; cronología Alejandro Amaro Valencia. Índices María Esther Guzmán Gutiérrez. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 2019 (Nueva Biblioteca Mexicana, 187).